

La opacidad de la ética

Susana Bercovich

La ley y el goce

Freud sitúa el origen de la ley y la cultura en un mito. El mito freudiano del asesinato del padre es el último mito del que nuestra modernidad ha sido capaz. Nietzsche, contemporáneo de Freud, anuncia la muerte de Dios. De algún modo el asesinato del padre es la puesta en mito del enunciado nietzscheano. La muerte de Dios viene perfilándose desde Sade (el gran ateo), para desembocar en Freud. El hecho de que el asesinato del padre sea el último mito es correlativo con el enunciado de que Dios ha muerto.

He aquí el mito freudiano: el padre, amo absoluto del goce, impide a los hijos el acceso a las mujeres. La fratría asesina al padre y el sentimiento de culpa hace, de su palabra, la ley. Tal sería el origen de la prohibición al incesto y de la cultura.

Tres cuestiones a señalar: en primer lugar, la derrota del padre brinda el material para su eternización como ley. En segundo lugar, la ley impone el objeto como prohibido. Situando a la madre como prohibida, aporta el objeto del deseo. La ley y el deseo aparecen como resultado de un mismo movimiento. En tercer lugar, la ley abre al goce, en tanto que queda constituido como un campo excluido de la ley. La ley funda el fuera de la ley. El súper yo será la vía subjetiva privilegiada por donde la ley produce el goce, lo refuerza y lo promueve.

La ley consta de tres soportes: ley, trasgresión y castigo. El castigo tiene por función reinstaurar la ley una vez que ésta ha sido transgredida. Sin embargo, aquí nos topamos con la paradoja: el castigo es en sí mismo transgresor en la medida en que responde, al acto violento que se trata de juzgar, con una violencia mayor. Así, el castigo está hecho de la misma tela que el crimen.

Debemos dar la razón a Freud para quien la punición repite, de algún modo, aquello que se pretende castigar. La violencia del crimen se redobla

con la violencia del castigo. La ley en su dimensión de castigo se ve regida por aquello mismo que pretende legislar.

Y más allá de Freud, debemos dar la razón a Sade. En su obra muestra que hay una equivalencia entre el crimen y la ley. El crimen está justificado por provenir del campo de las pasiones. Pero el castigo es más cruel, pues es impuesto desde la frialdad de una ley que escapa a lo pasional.

Al mismo tiempo, Freud (y luego Lacan) sitúan el goce como masoquista. Otra vez, junto a Sade constatamos la voluntad de erigir un Otro (dios, ideología, amo, ley) a quien servir. He aquí un punto oscuro: la ley aparece como instrumento de goce, en tanto propicia el goce masoquista, el mismo que es llamado a detener.

Así, el orden de la ley y de la moral satisfacen y promueven el masoquismo como una suerte de voluntad de sometimiento. En todo caso, constituyen vías por donde el masoquismo insiste. Hay correlación entre el goce de una ley que castiga y el masoquismo como constitutivo. Si hay goce en el castigo es porque hay un canto de la ley que responde a ese goce. Existe un goce de la ley en el castigo.

La voluntad de Otro que goza es correlativa a la voluntad de sometimiento.

Así (no sin ser conscientes que brincamos ciertos desarrollos que se requieren necesarios), podemos interrogarnos por la ley, la moral y la ética como instrumentos de goce.

“La ética. Ensayo sobre la conciencia del mal”¹ de Alain Badiou

Lacan se acompaña de Freud para señalar que la moral tiene su origen del lado de lo real. En el seminario *La ética del psicoanálisis* de 1957, Lacan inicia sus primeras correlaciones entre Kant y Sade. Allí nos advierte del egoísmo que anida en el altruismo y de la canallada última de toda ideología, como maquillajes del goce. En ese seminario, lejos de enunciar una ética del psicoanálisis, se ocupa justamente de deslindar la ética del psicoanálisis.

Podemos situar una línea de autores que revelan el orden ético y moral como regido por el goce que se pretende legislar: Freud, Sade, Nietzsche, Lacan, Foucault, Bersani, Badiou, y sin duda muchos otros que no nos permiten pasar al costado de una dimensión gozosa de la ley y de la moral.

Alain Badiou nos brinda un ensayo bastante reciente en el cual desenmascara la tan loable ética como uno de los resortes modernos por donde se cuele

¹ Alain Badiou, “La ética. Ensayo sobre la conciencia del mal”, en *Batallas éticas*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.

el borde negro del masoquismo. Se trata de “La ética. Ensayo sobre la conciencia del mal”.

Allí el autor levanta una cuota de sospecha sobre lo que la palabra “ética” pretende predicar. La ética, tan de moda en nuestro occidente moderno, palabra que siempre sale al paso, y con la cual nos llenamos la boca fácilmente, fabrica el mal que denuncia.²

La ética ha sido un término del que se ha hecho uso y abuso en el pensamiento contemporáneo. Sin embargo, es muy escasa la reflexión por parte de los filósofos sobre lo que hoy entendemos por ella. El valor del ensayo de Badiou radica en el hecho de poner sobre el tapete el centro de la cuestión sobre la ética al interrogar por sus resortes y por el contexto histórico y discursivo del que surge.

El autor aborda la cuestión desde sus reflexiones anteriores³ al tiempo que llega lejos en su análisis, hasta tocar ese centro que es el extremo del fascismo.

Ya desde el inicio, al interrogarse por el estatuto del hombre en el terreno de la ética, define al sujeto de la ética moderna. Enmarca el carácter hipócrita del discurso ético haciendo aparecer el fantasma que esconde:

“La ética define al hombre como una víctima”.

“¿Quién no siente que esta ética inclinada sobre la miseria del mundo esconde, detrás de su Hombre-víctima, al Hombre bueno, al Hombre blanco?”

“Hay que rechazar el dispositivo ideológico de la ‘ética’, no conceder nada a la definición negativa y victimaria del hombre”.

Reencontramos en su ensayo la dimensión real y gozosa del orden de la ética y la moral.

Al definir el bien, la ética produce el mal. ¿Debemos dar otra vez la razón a Sade —a su obra— en el sentido de la creación de un bien y de un enemigo de ese bien como una necesidad estructural? Badiou va a contestar la construcción de la figura del fascismo como la representación misma del mal, como si el mal fuera una esencia a-histórica.

Será crítico de la ética de Levinas como de fundamento religioso y de la ética en general como “una categoría del discurso piadoso”.

² Constatamos una vez más el tipo de lógica que rige ciertos fenómenos: la psiquiatría produce locura, la medicina produce enfermedad, la policía produce violencia.

³ Su obra filosófica *El ser y el acontecimiento* constituye una referencia esencial. A. Badiou, *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires, Manantial, 1999.

Desde el respeto y la tan adulada “tolerancia a las diferencias” hasta la ética de los derechos del hombre, el autor hila fino en su análisis de una “ideología ética” que conduciría a lo peor.

El valor de su ensayo radica no sólo en una aguda crítica a la ética moderna, sino que también habrá una propuesta: lo que el autor enuncia como “la ética de las verdades”. El tejido del texto conduce la ética a una experiencia subjetiva ligada al “proceso de una verdad” que se juega en los ámbitos en que el hombre se expresa: político, científico, artístico y amoroso.

Retoma a Sade y a Nietzsche para poner de relieve lo que sería una potencia vital fuera de las categorías del bien y del mal.

Se requiere la lectura del ensayo para palpar de cerca el valor de las coordenadas de las que se sirve en su análisis así como también de los alcances de sus postulados en nuestros tiempos. El gastado discurso ético-moral que con tanta vehemencia es enarbolado por organismos internacionales, de derechos humanos, partidos políticos y asociaciones diversas se nos revela a la luz del análisis de Badiou y a la luz de la historia, ya no digamos hipócrita, sino, hablando propiamente, de un cinismo inusitado.

Considero que la pertinencia del ensayo responde tanto a su lúcida actualidad como a la posibilidad que brinda en cuanto a pensar en una crítica a la filosofía política.